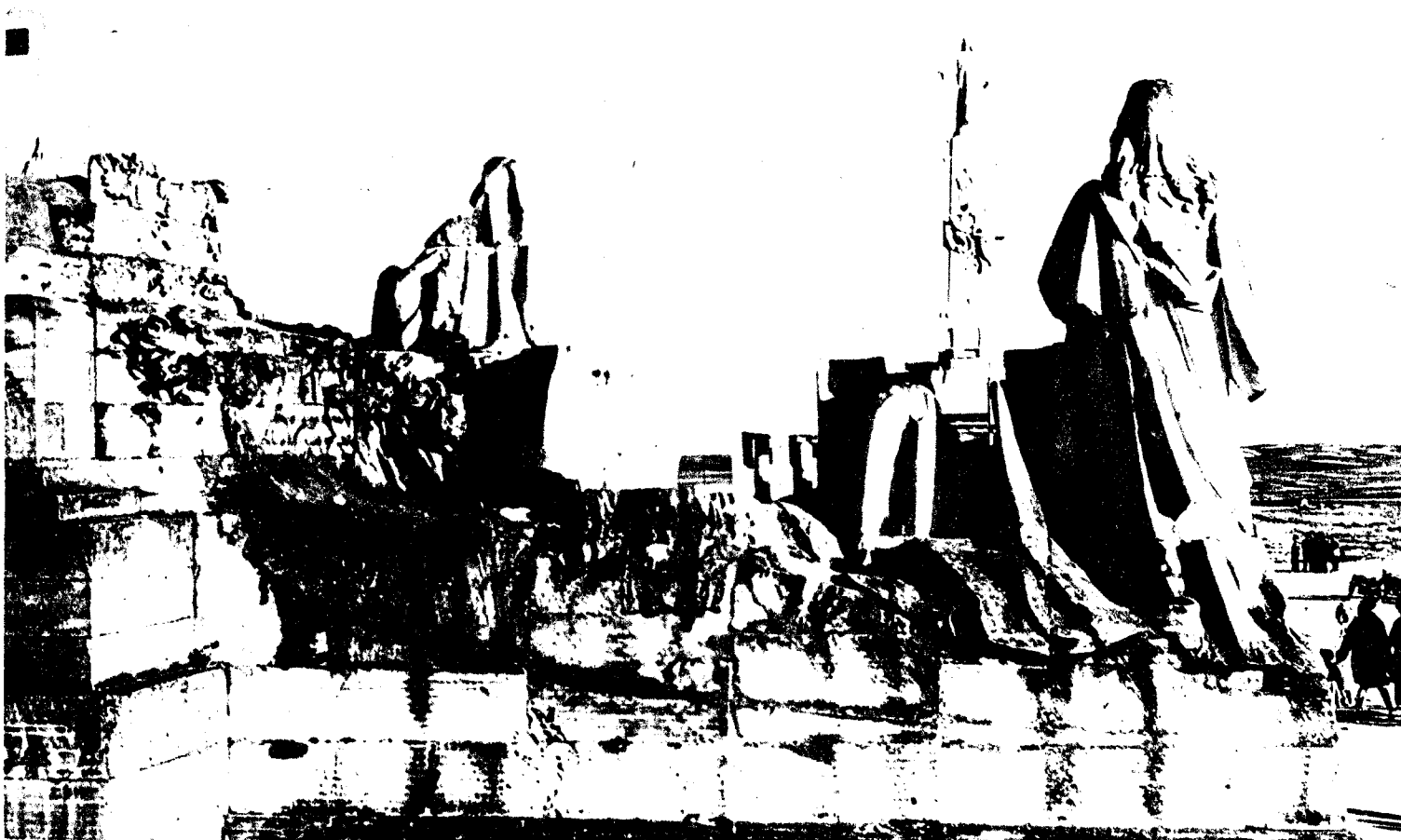




El nuevo monumento al Sagrado Corazon, del Cerro de los Angeles, emerge tras las patéticas ruinas del destruido en agosto de 1938. (Foto Goy.)

LA MONSTRUOSA BLASFEMIA DEL CERRO DE LOS ANGELES

DENTRO de dos meses se cumplirá el XXV aniversario de uno de los más bárbaros episodios de la dominación marxista en España, al que ni siquiera sus vehementes cantores se atrevieron jamás a calificar de hazaña revolucionaria. Tampoco los oficiantes en el ara de la "objetividad", han conseguido encontrar en el campo anti-marxista un hecho equivalente con el que poder equilibrar la balanza de su exquisita ponderación. La destrucción del Monumento al Sagrado Corazón del Cerro de los Angeles, con sus escenas de soez brutalidad, de inútil sadismo, de necedad irritante, sigue siendo la página más vergonzosa y estúpida de un siniestro catálogo de blasfemias y crímenes, para la cual ni la diabólica sutileza dialéctica de la juridicidad democrática pudo hallar eximentes o atenuantes, ni en el riquísimo arsenal de metáforas de los novelistas, poetas, o directores cinematográficos, ganadores o aspirantes a Nobeles, Oscars y otros pingües galardones, se encontró una sola adecuada para dar lustre y grandeza a quienes la escribieron con sangre, gasolina y dinamita, el día 7 de agosto de 1936.

Aquel piquete de desarrapados de camiseta y alpargata sudadas, retratados con los fusiles apuntando a la piedra durísima que simbolizaba la Divina ternura del Corazón de un Dios generosamente dispuesto a perdonarles, pues no sabían lo que se hacían, ¿a qué consigna obedecían, a qué idea constructiva creían servir, qué bienes esperaban de su acción para mejorar su pobre condición social, qué reivindicación humana perseguían?

Es posible que al prestarse a fusilar a Cristo cumplieran alguna fría orden del ateísmo intelectual del momento, pero no se daban cuenta de que al hacerlo afir-

maban—negándola—una fe que había sido suya y de sus antepasados, esa fe que siempre está viva en la blasfemia, pues nadie se revuelve contra lo que no existe para destruirlo. Es posible que creyeran servir a la causa de la libertad asesinando a la imagen de quien dio a los hombres la maravillosa libertad de escoger entre la salvación y la condena. Tal vez esperasen mejorar su humilde condición humana queriendo eliminar la posibilidad del miedo al misterio de la muerte, a ese horror del arrepentimiento que en la hora postrera nos revela nuestra miseria y la grandeza del más allá. Quizá—su ignorancia cerril permite todas las suposiciones—confiaban en que sin el Dios que los empuje, los hombres pudieran ser más grandes.

En todo caso, todo ello—aunque fueran incapaces de concebirlo sus mentes enloquecidas de rencores, idiotizadas de predicaciones, ebrias de odios azuzados—era "un acto de fe". El Cristo que querían matar no era el esculpido en la piedra sino el que llevaban en sus corazones. Un Cristo vivo y evidente, acosador constante de sus conciencias—no una abstracción—que les dolía en la carne como una llaga o una quemadura. Al emprenderla a tiros con la imagen, al encender la mecha de la carga explosiva bajo los cimientos del Monumento, no le consideraban un fantasma, pues contra los fantasmas no se emplean las armas, sino un enemigo más peligroso aún que aquellos "fascistas" a los que liquidaban con un tiro en la nuca.

Sí; la destrucción del Sagrado Corazón del Cerro de los Angeles fue un monstruoso acto de fe, una plegaria blasfema como la de los ángeles rebeldes, que serviría, al cabo de los veinticinco años, para hacer más sólida y más esperanzada de

la fe del pueblo español. Las ruinas del santuario y las sepulturas de los mártires allí inmolados son la firme cimentación del nuevo Monumento, al que constantemente acuden los españoles piadosos.

Cada año, con ocasión de la festividad del Corazón de Jesús, el Secretariado Diocesano de Ejercicios organiza una peregrinación nocturna de desagravio a la que asisten millares de hombres haciendo el recorrido a pie. La de este año, que partirá de la cuesta de Claudio Moyano a la una de la madrugada del domingo 11, tendrá un relieve especial, precisamente por cumplirse el cuarto de siglo de la brutal profanación. Participarán en ella la Acción Católica, las Hermandades del Trabajo, los Hogares del Empleado y del Obrero, los Colegios Mayores y otras varias entidades y congregaciones. A las cinco de la mañana se celebrará en el Cerro de los Angeles una misa de comunión general, tras la cual los peregrinos regresarán en autocares a Madrid.

Esponáneamente asistirán este año varios núcleos de fieles de "la Iglesia del silencio"—entre ellos uno de exiliados cubanos—que han encontrado pan, hogar, afecto y Dios en nuestra patria. Ojalá, también la monstruosa blasfemia que sobre las tierras de Hungría, Rumania, Polonia, Letonia, Lituania, Estonia, Croacia y Cuba fusila a Cristo y destruye templos, se convierta muy pronto, como la del Cerro de los Angeles, en expresión de paz y de serenidad para nuestros hermanos católicos sobre cuyos labios—como sobre los de Cristo hace dos mil años y los de los españoles hace un cuarto de siglo—pasa el odio la esponja con hiel y con vinagre del martirio.

Felipe XIMENEZ DE SANDOVAL.